

ROPA TENDIDA REINAS, MADRID, DISEÑO Y AMOR



POR MANUEL
HIDALGO

ESTUAR- DOS A TO- DO PASTO La fiebre por la Historia ha subido tanto que hasta reñimos por ella. Mientras se publica *Memorias del Rey Sol* (Renacimiento), un clásico imprescindible del memorialismo real, escrito por el mismísimo **Luis XIV**, llega a las librerías *María Estuardo*, la biografía novelada que **Alexandre Dumas** escribió sobre la infortunada reina católica. El desembarco monárquico ocupa toda la playa, pues al retrato libérrimo de **Ana**, la última **Estuardo**, en *La favorita*, se suma, precisamente, *María, reina de Escocia*, enésima película sobre su antecesora decapitada. Es el debut en el cine de la británica **Josie Rourke**, muy curtida en el teatro. Se notará. Tendencia Reinas, pues, que se prolongará con *Cambio de reinas*, la película de **Marc Dugan** sobre la infausta operación de casar a **Luis XV de Francia** con la infanta **Mariana Victoria**, hija mayor de **Felipe V**. Eran unos niños, no hubo casamiento. El filme contempla también otra jugada que, aunque hubo boda, salió rana: el matrimonio entre **Luisa Isabel de Orleans**, sobrina nieta del mentado Luis XIV, y el pobre **Luis I**, también hijo de Felipe V, duró apenas dos años, pues el desgraciado monarca palmó de viruela a los 229 días de subir al trono. Tenía 17 años, se había casado con 15. Es el rey más efímero de la historia de España, una historia que, al parecer, interesa a los cineastas extranjeros como ha interesado a los escritores europeos. Los novelistas, por cierto, no tienen ahora la afición a escribir biografías que tenían antes. **Stefan Zweig** se hartó de escribir biografías y estudios históricos. ¡También sobre **María Estuardo**! Se han reeditado dos que nos conciernen en este instante: *Américo Vespucio* (Acantilado) y, el año pasado, *Magallanes* (Maxtor).

NOVELA DE OTRO SÁNCHEZ En el riguroso presente de un Madrid marginal y de extrarradio transcurrir, bajo la luz de las farolas, *Sánchez* (Anagrama), la estupenda nueva novela de **Esther García Llovet**. Acierta en el punto de vista: lo contem-



Alexandre Dumas.

plado es duro, pero la mirada rehuye la dureza en favor de la ternura y del humor. También de un medido lirismo, en noche de estrellas fugaces. Del amor entre Nikki y Sánchez queda la amistad, extrañamente compartida con Bertrán, un insólito pijo muy descolocado (por colocado). No tienen donde caerse muertos, pero luchan por estar vivos maquinando timos con galgos de carreras. Nikki, muy lanzada, estudió Filología, quién lo iba a decir, y Sánchez, tan guapo como tímido, ahogado por malas deudas de juego, cree que alquilar pisos piloto no es mal negocio. Infeliz. La noche es larga; la novela es breve. Pinceladas precisas; diálogos bien cortados. No me empeño en ver películas en lo que leo, pero **Enrique Urbizu**, **Daniel Calparsoro**, **Raúl Arévalo** o **Alberto Rodríguez** podrían sacar mucho partido a esta novela en el cine.

GENTE, COCHES Y RUINAS Muchos artistas optan por mantener el mismo estilo y tratar los mismos temas siempre. Es una forma de ofertar una identidad, una marca de la casa. Otros no sólo no dudan en evolucionar, sino en abordar etapas muy distintas entre sí. Según podemos ver en la Sala Bárbara de Braganza (Mapfre), este segundo es el caso del norteamericano **Anthony Hernández** (Los Ángeles, 1947), que tanto ha fotografiado el lado menos vistoso de su ciudad. Pasar del blanco y negro al color no es tan inusual, pero, además, Hernández fue

dejando fuera de foco a la gente corriente, a los sin techo o a los ricos de Rodeo Drive –a quienes, prácticamente, asaltaba con sus objetivos– para tomar distancia con los automóviles, las ruinas o las complejas estructuras arquitectónicas que lo situaron al borde de la abstracción geométrica. A la postre, no hay subjetividad artística que no desemboque en alguna forma de documento testimonial.

ARTE DE LO ÚTIL Y LO BELLO «El diseño es el arte de la sociedad industrial», dijo **Gillo Dorfles**. Pero también está presente, agazapado quizás, en la artesanía, lejos de la producción serializada de las máquinas. Puede comprobarse, dentro del Madrid Design Festival, en las tres exposiciones abiertas en el Centro Cultural Fernán Gómez. Un descubrimiento, las sillas, mesas y muebles de la empresa madrileña Darro, activa entre 1959 y 1979. Interantisíma la reflexión que suscita *Super-Packaging*, la muestra sobre la aplicación del diseño a toda clase de envases: he ahí cómo la armonización entre estética y funcionalidad se convierte en una inadvertida experiencia cotidiana del diseño para todos. Y, por último, la maravillosa exposición *Artesanía española contemporánea* nos permite recordar que el diseño es esencial en lo artesanal –¡el botijo!– y que la tradición no es algo congelado y estático, sino que acoge la evolución y la innovación.

JENKINS SIGUEA BALDWIN **Barry Jenkins** demostró elegancia y buen gusto en su inesperada *Moonlight* (2016) y derrocha idénticas virtudes en *El blues de Beale Street*, quitando hierro a una novela de **James Baldwin**. La historia de amor del bueno entre dos jóvenes negros norteamericanos (Harlem, años 70), torpedeada por el racismo policial y judicial, adopta las hechuras del melodrama. Hay, sin embargo, más melosidad que melodía. Y el todo –desequilibrado en su tramo final– es inferior a las partes: color, suntuosos movimientos de cámara, actores y media docena de escenas excepcionales.

LOREM IPSUM ALLEN Y EL FIN DE LA IRONÍA



POR LUIS
MARTÍNEZ

SÓCRATES, SIEMPRE ÉL, utilizaba la ironía como una de sus armas

más efectivas para desarmar al oponente. Empezar halagando, por ejemplo, las improbables cualidades del contrario (plenamente consciente de que se miente) siempre es efectivo. Nadie se resiste a la vanidad. Así, en *El banquete*, el pobre Agaton, tras hablar sin mucho tino sobre las excelencias de Eros, se ve incapaz de reaccionar después de que el maestro de Platón le haya alabado su buen gusto para el razonamiento... el razonamiento equivocado. Decir lo contrario de lo que en realidad se piensa le funcionaba al griego.

Pero lo que en manos de Sócrates es una herramienta o un recurso, aunque habitual, con un propósito, en nuestros días parece haberse convertido en un fin en sí mismo. Sin quedar claro ya lo que es ironía o simple desahogo. En efecto, todo acaba por valer lo mismo en la extraña y unánime celebración del cinismo que vivimos. Un buen ejemplo es el que rodea a Woody Allen. Acabamos de saber que el director ha demandado a Amazon por incumplimiento de contrato. La cadena de reparto no sólo no le produce las películas con las que se comprometió, sino que ni siquiera estrena la que ya está acabada. La ironía es que todos aquellos que celebraban la ritual, por anual, aparición del judío de Brooklyn en la cartelera, ahora parecen sepultados por piedras del tamaño de su vergüenza o, dado el caso, desvergüenza. Todo por, quién sabe, no significarse en lo que, de momento y ante la ausencia de juicios condenatorios, no deja de ser un linchamiento público. Lo curioso y relevante es la desolación digamos irónica que condena a los que hace apenas unos meses celebraban, aparatosamente incluso, la proverbial ironía del director.

Hay más ejemplos. Y peores. Otro: defender la prohibición del aborto, o su limitación o su cuestionamiento, presumiendo de ser declaradamente liberal requiere un esfuerzo no tanto socrático o irónico como, al menos, creativo. Desahogado decíamos. Hace unos días, el líder de una de las oposiciones en curso daba un paso más en la escalada

LO IRÓNICO ES QUE TODOS LOS QUE CELEBRABAN LA RITUAL APARICIÓN ANUAL DEL DIRECTOR AHORA APARECEN SEPULTADOS QUIZÁ POR SU (DES) VERGÜENZA

armamentística con la oposición rival y recurría a un argumento malthusiano-nacionalista sobre lo conveniente que sería llenar la tierra de futuros cotizantes españoles de pura cepa. Todo ello por no acudir al argumento, ligeramente antiliberal, teológico-ideológico, el único en rigor homologable. Su convencimiento y tono era similar, salvando las distancias, al del defensor de la paz mundial como la manera más apropiada de conservar vivos a los empleados de la industria armamentística. Y así, lo que bien podría pasar, por qué no, por ironía, en realidad, era sólo desahogo. La ironía, así en general, va camino de desaparecer. Sócrates, probablemente, tendría ahora mismo idéntico éxito que Allen. Es el tiempo de los políticos desahogados. Y de Agaton.